





FRENTE A LAS CUMBRES
DE AL-SABIKA



Miguel Argüello

FRENTE A LAS CUMBRES
DE AL-SABIKA



Primera edición: mayo 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Miguel Argüello

ISBN: 978-84-18250-42-2

ISBN digital: 978-84-18250-43-9

Depósito legal: M-9364-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para todos aquellos que le dan un sentido a mi vida



«La vida nos enseña que la historia es cíclica para el hombre, del que nada es predecible y todo es esperable».

Imaginemos un lugar en el que su futuro se esté forjando bajo el patrocinio de divinas influencias. Las que, proyectadas por ricohombres, incitan a enarbolar estelas de cristiana cruzada contra el infiel sarraceno, mientras se intuye, por aquellos que no se doblegan a sus requerimientos, sobre cómo se pretenden consolidar, como un solo reino, las tierras que ya lo estaban al despertar de los tiempos.

Así lo interpreta Zacarías ante las secuelas de una batalla originada tras el quebrantamiento de un acuerdo, y esta, que tan cruenta ha sido como tantas otras que de gloria cubrieron a quienes a sus intereses las promovieron, tal vez no la abordemos en sus inicios, sino en su final sangriento...

...Ásperos quejidos le acompañan cuando, atento a las órdenes de un clérigo, concede decente capitulación a los que ya la vida nada puede hacer por ellos, mas, aunque intenta abrigarse de una falsa condición de estar bragado como un hombre de guerra, ante el lucífero engendro que sobrevuela los desangelados campos de batalla, reclama consideración para los que aún no están muertos.

—¡Negro emplumado! ¡Hijo de la noche! ¡Acaba con tan tiránico hostigamiento y espera a que la muerte los adormezca entre sus brazos! —exclama Zacarías ante los que suplican amparo.

Sentenciar las vidas de hombres castellanos y granadinos que malheridos ruegan abandonar el mundo de los vivos no solo no le duele, sino que le dignifica. No es su intención juzgar quién vive o debe morir, pero dispone de la destreza suficiente como para evitarles sufrimiento y, así, mediante una confabulada mirada, le requieren firmeza en el acto.

Mientras tanto, allí donde el ocaso ya ennegrece los cielos, guerreros de iguales principios susurran tímidos cánticos a la creciente luna para que les ilumine sobre qué rumbo tomar. Sienten desprecio. Asumen su torpeza por facultar sentencias sobre las vidas ajenas y, vencidos, pululan por el consagrado camposanto en espera de que su enemigo asuma comprensión para tanto desatino. Se ha desestimado bendecir a los caídos como hombres de honor, ni ser merecedores de ser ensalzados en los consiguientes libros que narren la librada

como humillante derrota. Oración dolorosa para los que solicitan encontrar su propia paz, en las frías fosas de las que serán inquilinos.

«Pobres diablos que a golpe de espadas y lanzas pretendéis alcanzar la gloria, mas no entendéis que caballero terrenal sois todos aquellos que nacéis de vientre de mujer y, por vanidad, la vida ponéis en mis manos, cuando por complaceros os hubiese otorgado la de guerrero espiritual».

Así murmura ella, la Muerte, ante los que no han creído oportuno asumir lealtades que en su día fueron ensalzadas. Pactos redactados bajo requeridos códigos de honor, que no han sido por ineptitud de los firmantes respetados. La palabra ha quedado embargada y el fruto de tanta incongruencia piensa recogerlo sin atender a plañideras plegarias.

Agotado, y mientras la brisa del mar le concilia con sus actos, asume abandonar su cometido recreándose, al igual que en aquellos cuentos que cada noche le recitaba Isaura, en rescatar a princesas robadas de su encierro. Relatos de infancia en los que no dejaba que el maligno de su espada escapara cuando, con hábil movimiento de su brazo, al infierno condenaba a todo aquel que osara emprender con tan gallardo soldado batalla.

Momento fugaz al ser un sentimiento amargo el que le embarga al recordar cómo, ante el albur de la batalla, rezó con intención de retrasar la que presumía fuera su última alborada. El miedo como a todos los mortales le atenazaba y entendió la soledad del guerrero de la que tanto su padre le hablara en sus enseñanzas, sin embargo...

—¿Pretendes alcanzar a la fuerza la valentía, soldado? —le preguntó uno que a su lado se encomendaba a su dios a cada frase que pronunciaba—. No temas, compañero, pues hoy es un día en el que no haya alma valiente que se encuentre descansando. Mas si lo permites, deduzco que cargas con una pena que no es causa de esta contienda, ¿me equivoco?

—Zacarías es mi nombre y mi apellido, si mal no recuerdo; de Alvarado. Y aunque nací en cuna hidalga, tuve la desgracia de caer en desprecio de un truhan al que, por pendenciero, se le pudiera anteponer la palabra de necio —indicó con voz queda pensando que tan solo a él la vida le reservaba sufrimiento.

—Lisardo es el mío y del mismo Toledo procedo. Y aunque apellido por parte de padre tengo, maldigo la hora en que mi santa madre me concibiera con la simiente de tan mezquino sujeto —le apuntó Lisardo sin entrar en más detalles—. Es de agradecer el gesto de anoche al cederme tu ración de pan. Sabido es que estómago lleno batalla mejor —dijo agradecido al sucesor de la

estirpe de los Alvarado, quienes desde las Asturias de Santillana expandieran su linaje por Cáceres y Badajoz.

Y así, mediante artificiosas risas nerviosas que ocultaban sus temores, congeniaron estos jóvenes combatientes idealizando sobre sueños no emprendidos y pendientes de realizar. Mas pasado un tiempo, entre algún que otro adentamiento tanto interior como personal, se angustiaron ante el inapropiado comportamiento de aquellos que, convencidos, pensaban salir indemnes porque la batalla se había originado por voluntad celestial.

—¡Sangre con honor se ha de derramar! ¡Mas las sombras del miedo albergarán, cual rojo amanecer, vidas por finiquitar! ¡Y en desarbolar la de vuestro enemigo, vuestra mano no ha de temblar! ¡No lo olvidéis, guerreros, pues de no ser así, quizá seáis vosotros quienes el mundo de los vivos habréis de abandonar! —de esta manera arengó el comandante general de tropas—. ¡Combatientes! ¡Arriba ese porte de sangre gallarda! ¡No deis razón de que os abrumba el temor y guardad pleitesía a quien en Tudía ordenó detenerse la luz del día! —exclamó el que, con su espada, se golpeaba en el pecho a cada palabra que pronunciaba.

Clamores que condicionaron al arzobispo que oficiaba la misa a que, el Dios Todopoderoso, retuviese el viento que en ese momento comenzaba a arreciar. Despertaba temor entre las tropas castellanas al estar situadas al poniente, y ende levante las enemigas.

—¡Soldados! ¡Que el viento no os haga temblar la mano! ¡Por el rey y por Dios Nuestro Señor! —de nuevo arengó una vez la ceremonia concluyese.

Fuera entonces cuando astutos obispos glorificaron indulgencias y ofrecieron prebendas por conquistar el reino de los moros y, el de los cielos, se lo prometieron a todos aquellos que batallaran con honor y sin miedo.

—¿A quién pretendéis engañar? ¿Por qué no admitís, necios hombres, que no es la tierra lo que defendéis, sino al ídolo que adoráis? —expuso Zacarías ante el desconcierto de su alrededor.

Estaba en la certeza de que, por acopiar más riqueza, comenzase esta fatídica guerra que describiremos mediante párrafos denunciadores, pues, aquello que sucede a consecuencia de la necesidad del hombre, se repudiará en un futuro por quien no ejerza como un miserable...

...—*¡Asalab, abandona ese vocabulario tan exacerbado! Sé prudente pues no me gustaría tener que volver a comenzar la historia de nuevo, por esa manía que tienes de no ajustarte a lo que se te dicta.*

—*Tan solo he pretendido reflejar los mismos sentimientos de cuando lo contó mi padre, tío Pelayo. Siento haberle incomodado, pero... si acaso pretende mostrarme otra manera de narrarlo que le satisfaga más, dígamelo y se le atenderá.*

—*¡Vamos, continúa! Deja las ironías para otro momento.*
—*Perdone, no fue mi intención incomodarlo...*

...Prestos, con paso firme, emprendieron camino a la batalla estos jóvenes soldados en la primera línea siendo Zacarías quien salió de filas a descargar su vejiga de aguas menores, que, de tanto esperar, cuasi a estallar la tenía. Pensaba volver a ella con rapidez, pero, tan dolorosas eran ya las contracciones, que un buen rato tuvo que esperar pues los músculos que oprimían esta no le permitían evacuar con normalidad.

Mas comenzó la batalla y la primera oleada de la caballería moruna fuera casi determinante. Aplastó los flancos de quienes en retaguardia estaban distantes, cogiendo por sorpresa a condes, marqueses y al mismo rey dominante, ya que, por impericia, descaro o solo Dios lo sabe, aquel que portaba el real estandarte de este se alejó dejando indefenso a quien protección rogó suplicante. No eran alientos reales los que defendía y un sinnfín de caballeros se vieron rodeados cuando, por seguir tras el que lo enarbolaba, los flancos quedaron sin protección.

Fue entonces que el señor de Reseña, comandante de las tropas en las que estaba encuadrado, se diera cuenta del error y ordenase que se pusiera en custodia al monarca de marca Onceno y su real pabellón. Pero la distancia era tan importante para los que otorgado tenían tal asignación, que, afanado por regresar hasta su posición, Zacarías se aferró a una espada usurpada en caballo de muerto cuando de salto felino a él se encaramó y, con un grito que se escuchó penetrante, que hasta allí cabalgó, mas, como llegara, que así se presentó:

—*¡Alejaos perros morunos o no guardaré perdón por ningún alma suplicante! ¡Vamos, huid como ratas o morid como bellacos! ¡Por Dios y el rey!*

Y es al escucharle que al caballero que en el suelo se defendía de ambos contrincantes se delatase su estirpe gallarda. Cual ello no solo le iluminó de ira, sino de agallas.

Envalentonado, de un soberbio tajo en la cabeza acabó con el primer insensato que en su camino se interpuso y, con el otro, una vez se desprendió de la cabalgadura, pues con saña en el equino su pica había hundido hiriéndole de mortal necesidad, que, pie en tierra, se enfrentó atizándole un certero golpe con un pequeño estilete en el costado izquierdo, alcanzándole su acelerado corazón.

Dándose cuenta de la fatalidad que embargaba al rey, algunos insensatos quisieron apropiarse para sí la gloria, pero Zacarías dio respuesta con su espada salvando de una muerte segura a quien a lomos de un caballo de guerra del

lugar de enfrentamiento se alejó en el instante que llegaron aquellos que, en su defensa, no obraron con tesón. Los que, insolentes, solo advirtieron una sola alma digna a la que salvar entre los que, espalda con espalda, se defendían de sus atacantes.

Intentando escapar de un destino no pretendido, mandoble a diestro y siniestro acometió con bravura contra todo aquel que osó desmembrarle cuando, en un sanguinolento charco de barro, divisó al alférez portador del real estandarte. El que, con un leve gemido, reclamó que de ser honesta su condición guerrera, izara la reseña del rey de reinos al que entre sus súbditos se le nombra como Justiciero, al ser de espíritu conciliador.

Agotado, asumió quizá no ser digno portador del extraviado pendón, pero, fue al sujetar la percha que como sujeción tenía la enseña, que le abrigó una extraña sensación de estar reparando lo que antaño se humilló. Y sin pensar en más salvedades, lo enarbolaba requiriendo a las tropas, que en ese momento pendientes estaban de su reacción, un último esfuerzo en la acción. Acto valiente que a las huestes propias enardeció y a las enemigas desconcertó.

—¡Luchad por vuestra vida, que del honor ya me encargo yo! ¡Guardadme cerco, valerosos guerreros, hasta que el color de los ojos de vuestro enemigo podáis determinar! ¡No temáis, pues si rojo fue el amanecer, juntos forjaremos un más que brillante atardecer! ¡Y allí donde de armaduras y yelmos ensangrentados, la tierra colmada está, los verdes brotes de nuevo crecerán!

Grito heroico que se difuminó por el campo de batalla como un reguero de esporas, preñando los corazones de los que esperaban pronta muerte impregnados como estaban de hedores dulces de sangre.

«Sobrevolando almas sin dueño, declina ser recompensado por actos tan sórdidos que le incitan a la barbarie cuales, por denigrantes, pudieran ser obra de un tal Lucifer, el beligerante».

Como por las alas de las cristianas huestes la contienda se volviera aplastante a consecuencia de las oleadas benimerines, que algunos *homebidaigos* hicieron intención de alejarse con los suyos del enfrentamiento desorientando a los sultanes. Los que, arrogantes, en la creencia de que el enemigo huía, exclamaron gritos de victoria como proclamas cuales, por defecto, a sus tropas relajara y el centro de sus líneas desamparara. Necedad que purgaron al otorgar una importante fisura y por la que caballeros castellanos a galope de caballos pertrechados con instinto guerrero acometieran en tropel sin guardar respeto por súplica alguna de perdón.

Ajeno, Zacarías continuó defendiendo el pendón real de todos cuantos le atacaban sabiendo que, a su rey, lo relatasen o no los libros de historia, con su gesto lo estaba bendiciendo y el honor de su padre restituyendo.

Mas la victoria llegó en el momento que Lisardo Indefenso esgrimió el pabellón enemigo. El que, en justa lid, a su portador se lo arrancó de su ensangrentado pecho. Fue entonces que los otrora desconocidos hasta que compartieran un mendrugo de pan se encontraron en mitad del campo de batalla como portadores de orgullo entre los que, al comprobar su porte, gritaban delirantes.

Ensalzamientos que se interrumpieron en el instante que un caballero, el que como barón en su reflectante pecho reflejaba condición, ordenaba entregarle los estandartes. Con soberbia asumió que a él por abolengo perteneciera entregarle al rey tan privilegiado honor. Fue entonces, pues la celada llevaba abierta, que Zacarías reconociera al que exigía su entrega, don Juan de Acevedo, barón de Hortaleza, quien antaño denigrase el honor de su familia. El que, ante la negación, le arrebató a Lisardo el suyo cuando de soberbia patada en el pecho contra el suelo le despachó, y sobre su montura hacia la retaguardia se quiso encaminar a requerir de su soberano ensalzamientos a su valor.

Mas, fue tan torpe su trotar, que henchido de vanidad al suelo cayó, pues, por llevar la cabeza muy alta, no vio hacia dónde se dirigía su cabalgadura. La que, por meter la pata, la metió en una pequeña torca y rodando por el suelo se fueron caballo, caballero y el emblema enemigo que se lo disputaron dos, quienes, no queriendo ceder en la disputa, uno se llevó la tela mientras el otro se quedó con la percha que como asta tenía la ya desgarrada enseña.

Y, Zacarías, sin acopio de ira, pues de ella en la batalla se había vaciado, estupefacto observaba como se alejaba el traidor que, una vez recompuesto y sin premio, se dirigió a retaguardia lamiéndose su orgullo.

Momento de satisfacción interrumpida cuando alguien que se posicionó con el sol crepuscular le obligó a volverse. Fue entonces cuando cara a cara se enfrentó al que le sugería que la bandera engalanada de valor que portaba, al comandante real de tropas y caballero de Santiago, rey de reyes, y a quien había salvaguardado con su vida, le hiciera entrega. Mas, a pesar de que la ceguera le incomodaba, le reconfortarían las palabras del que en cabalgadura portentosa le trataba con honor. El que, tras una leve genuflexión, le tendió su mano pues no había pasado inadvertido el fragor demostrado en su protección, y satisfecho de reencontrarse con su protector...

—¿Cómo os llamáis, valiente guerrero?

—Zacarías de Alvarado por parte de padre y Ruisanchez por la de madre.

Ese es mi nombre y pabellón, mi señor. Y por el honor de mis antecesores, entrego lo que se os arrebató —dijo medio aturdido ante su rey.

—Gran combatiente es vuestro padre, Zacarías —le soplaron al oído—. Y orgulloso ha de estar de un hijo como vos —dijo el que, en caballo de nombre *Valencia*, se alejó demostrándole su respeto.

Rey, que gozoso por los vítores, mostraba enardecido ante sus tropas tanpreciado don. Y de aquel que con valor había arriesgado su vida por salvarle, estaría agradecido eternamente y a partir de ese momento sería gentil mentor.

Y así fue como comenzase su leyenda de aguerrido caballero cuando, en las postrimerías del lunes día 30 de octubre de 1340, el rey Alfonso XI de Castilla, ayudado por las tropas de su suegro Alfonso IV de Portugal, doblegaron al ejército musulmán comandados por el benimerín Abu l-Hasan, sultán de Fez, y el entonces emir nazarí, Yusuf I de Garnata¹, en la Batalla del Salado a las afueras de Al-Yazira Al-Jadra², y con ello, su orgullo, que no su reino, se engrandeció.

1 Granada.

2 Tarifa.



Aunque sin pretender ser una historia totalmente veraz lo anteriormente narrado, sin querer asentamos entre los nombrados algunas coincidencias con la realidad, que tal vez alguno de los sabios leedores desconozca. Ya que, por defecto en la prosa o labia complaciente, la aturullada escritora, que no escribiente, olvidara dar señal diferenciada de a quien con honores se ensalza. Así que, obremos con buen juicio, pues no es nuestra pretensión que en esta historia que les pretendemos narrar nada se quede por detallar, y como comenzar hace falta por el despertar de esta, empecemos la crónica unos años atrás y expongamos lo sucedido entre el progenitor y padre de Zacarías, don Andrés de Alvarado, y el barón de Hortaleza, don Juan de Acevedo, aun sabiendo que la energía me pueda ir en ello ante tanto desatino que les deseo contar...

...—*No es aconsejable continuar por ese camino. Quizá lo estemos planteando erróneamente si comenzamos la narración tratando de pregonar, antes que nada, nuestro propio sacrificio. Vuelvo a repetirte que hay que actuar con prudencia.*

—*Perdone mi torpeza, se lo suplico. Pero este mi error solo es producto de la contrición que embarga mi sufrimiento. Y, descuide, trataré de ser más consecuente en mis escritos.*

—*Así lo espero. ¡Continúa!*

—*Me pongo a ello esperando no vuelva a tener queja, amado tío...*

...Don Andrés de Alvarado y Castillo, quien, nacido en la merindad norteña de Trasmiera, bajo un manto de nobleza hidalga, pues solo a su rey incluía en su vocabulario respeto, se encaminó hacia unas tierras tan extremas como duras, asentándose con el resto de su familia allá por Las Villuercas.

Aunque hombre cabal fue don Andrés en su comportamiento, se volviera imprudente cuando fue requerido para formar parte de los ejércitos de su majestad, pues, entre batalla y contienda contra los reinos del sur, relajara sus afectos hacia la propia y se dedicó por halagar a las ajenas.

Mucho de ello se complació hasta que la suya le retrajera a guardarse de pipos, zalamerías y pamplineras prendas, y le convirtiera en amante esposo y compañero cumplidor. No obstante, algo de porte pendón fullero le siguió distinguiendo, ya que, en tiempos de cuarentena carnal de su santa esposa, satisfacía su ardor entre damas de cascos frágiles y atolondrados, las cuales le solventaban la abstinencia y lo dejaban muy agotado.

Los años pasaron y vivieron felices aun sin perdices comer, mas de sobra tenían para sus necesidades satisfacer, no siendo menester a nada aborrecer si con ello caliente el estómago se mantenía. Por lo tanto, si de un descuido pertinente una pieza de carne del mostrador se caía, ¡pues qué le vamos a hacer!, en la olla de la cena argumentos a considerar del proceder de la pieza no se rebatían, ni por este, ni por los que de ello se complacían...

Taciturna como la noche con sus curvas trastea. Ojos de gato en ella se reflejan, dulzor engalanado de justa belleza, Isaura la llaman y fue fiel escudera, antaño de hermano por ser la primera, mas rebelde nació, aunque tozuda ya era, y nadie, a la efervescente juvenzuela, osó arrebatarse penacho o cimera sin sucumbir a una lasciva condena...

Así reza en presentar esta que lo relata, las irradiaciones de la prístina belleza que al barón de Hortaleza inquietaron con su magnificencia, pues eran tal las fosforescencias que en ella se irradiaban en su pubertad, que el muy ladino se encaprichó de la que, como ofensiva juventud gustosa, crecía presuntuosa y hermosa. Pureza quinceañera que acogotó de insanos pensamientos al barón entre sus entrepiernas, pues, le atolondraron tanto los andares de la futura dama, que, por retener lo que para él se pretendiera, entre los muros de una residencia religiosa, entre salmos y versículos la quisiera guardar a su complacencia.

Castos habitáculos en los que moraban damas que, buscando su camino redentor, adoraban a su vez al que era su benefactor. Ese que, como salteador de la candorosa presencia de la joven Isaura, esperase su oportunidad de entablar contacto carnal entre rezos a la providencia. Mas, como no era su pretensión que se le considerase de pecaminoso violador, que esperó lo que no está escrito ya que la dama nunca consintió. Y aunque su ímpetu se fue apagando, sí pronunciaré que, por mucho que le pese a quien no obró en consecuencia por evitarlo, mejor le viene y acepta el sobrenombre de fustigador, porque de tan impúber cuerpo, así como lo pensaba, consiguió en su momento ser estafador: «Ya que en un convento la pureza se guarda mejor, y lo que se ha de conservar para el regocijo de uno, cuanto más lejos de relamidos baboseos de ojos obscenos, mejor» —asintió en su descarga el de Hortaleza confesor.

Pero he aquí que don Andrés no quiso renunciar a su hija, y, creyéndose amparado de sólidos argumentos, se la llevó de nuevo a casa pues, si don Juan pretendía que fuera dama del Señor, se tenía que hacer cargo de los 15 años que se emplearon en alimentarla y ello lo debía de solventar con equidad a su costosa manutención.

Pero fuera que, entre murmullos de sapos y otras malas lenguas, esto llegó a oídos de las damas cercanas a la baronesa, quien a su vez demandó a su confe-

sor, un tal Bartolomé de Aranda, que pusiera fin a tan injusta beldad al saberse atropellada por tan inquisidora divinidad.

—Espero, señora, que sepa lo que ordena. No habré de recordaros de cómo no es precisamente indulgencia lo que abriga en el proceder de vuestro esposo. Mas os requiero cordura, pues de no ser precavidos, acabaremos colgados de los ganchos de castigo sobre el portón del cuarto de armas —advirtió el confesor de la enojada dama.

Bartolomé de Aranda tal vez sea su nombre, y aunque con hábito de clérigo cubre sus vergüenzas, por aclarar comentemos que hubo un tiempo en el que dejó a padres, hermanos y alguna que otra hija de buena familia que tenía como amante en la ignominia más infame, pues les obligó a resignarse en el bochorno cuando la abandonó estando de tres meses ya gestante.

Desleal con sus orígenes, necio, acusica y arrogante petulante, arruinado fue de onerosas herencias recibidas tras nefastos quehaceres vergonzosos. De fraile entró en un convento donde poco se preocuparon por sus condiciones de magistrado espiritual, y de ahí a confesor, solamente una farsa distaba. Ya que, llegado el día, hubo de esclarecer un premonitorio sueño a la refinada dama de lo que se aprovechó. Señora de íntegra condición, quien, reparada de la pesadilla que le abrumaba y que tanto la complació, que le otorgase el puesto de confesor admitiendo como pago concesiones y prebendas que por su esposo no se cuestionó.

—¡No os preocupe el cometido! No obstante, ándese con tiento pues no quisiera al señor barón por ello tener inquieto —advertía la soberana del señorío sin quiebro, quien, con astucia, en ello ponía empeño—. Saludos y buenas, pues entreteneros no quiero, y raudo comience lo que de su celo espero.

—A las santas, mi venerada doña Úrsula —condescendió su confesor—. Seguiré sus consejos de poner en cueros, si permite la dicción, a la hermosa deseada. Y de su complacencia, espero un benefactor estipendio.

Aunque amparado por la baronesa urdiera tomarse un tiempo con el fin de guardarse las espaldas, sin embargo, no lograrse poner su plan en práctica pues unos enviados del barón se presentaron ante las puertas de la morada de los Alvarado y requirieron que la joven risueña, a la que ni siquiera supieron nombrar, los acompañara.

—Es tierna para derecho de pernada, mi señor —dijo su madre con intención de esconderla—. Dejen que los años tutelen su lozana prestancia pues tan joven adolescencia no sabe a tan alto noble licenciar placer.

Aun así, su madre sabía que la desobedecerían, pues fue tan torpe su comedia que los soldados se enojaron y se lo tomaron como ofensa.

—Me la quitaron a empujones y se la llevaron a la fuerza —sollozaba la esposa cuando don Andrés regresó, y quien, sin recapacitar, cogió su espada y salió a defender la honra de su hija.

—Que de pobres no salimos si no nos defendemos de esta actuación canalla —dijo, cuando su esposa intentó retenerle previendo cualquier represalia por parte del barón al imaginar que pretendía solicitar una compensación.

Don Andrés se presentó en la morada-fortaleza del barón y casualidad que se encontró con él en el patio de armas a punto de partir hacia el convento y, ante su presencia, imploró porque Isaura era carne de su carne y no quería que fuese arrebatada sin una legítima retribución.

—Lo que reclamas no te lo he de tomar en cuenta. Has de entender que no se exige gracia por quien de la compañía divina se privilegia. Y si a causa de ello su alma en manos de Dios permanece repleta, el dolo, aunque doliente fuere, disipado queda. Mas, cómo de osado te atreves a requerir por el bien que se me ha otorgado, cuando, ¿ni siquiera pagaste contribución por las tierras que te donó en su día el mayorazgo? —le amenazó de malas maneras—. Nunca perdonaré esta tu insolencia y... ¡reclínate!, si no pretendes perecer bajo el tajo de mi espada —exclamó fulminante el barón ante los que, expectantes, se acercaron a comprobar cómo se resolvía la reclamación.

De sobra era sabido por los presentes, entre los que se encontraba la baronesa, que no era desestimada su petición por infractora, sino por dejar en evidencia su conocido vicio de disfrutar de cuerpos impúberes fueran de dama o varón.

—¡Señor! No es importuna mi reclamación, ni ofender pretendo con ello, pero, su merced entienda, que fueron muchos los años que se pasaron sus padres guardándose de no llevarse nada a la boca para que la niña progresara. Y es por ello que por nuestra Isaura reclamemos desembolso de su excelencia —solicitó don Andrés sin demasiada confianza.

—¡Fuera de mi presencia, rufián! —se soliviantó el barón, sobremanera, cuando don Andrés le amenazó con requerir justicia ante el monarca pues eran tierras otorgadas por sus méritos en la guerra.

Acusado de rebeldía, del castillo marchó entre los murmullos de quienes, incrédulos, presenciaban la gresca. Don Andrés no merecía tal sentencia aun admitiendo que había infringido la norma de guardar vasallaje.

Cabizbajo llegó a su casa medio embriagado, mas nunca se sabrá si dolido por la pena de la hija robada o por el derecho cercenado al no haber conseguido la consiguiente retribución del dueño del mayorazgo. Mintiera entonces a su esposa e hijos desconociendo que ya estaban enterados.

—Mujer, no llores, pues consuela que una hija nos la roben por ser guapa mozuela si con Dios se ha de emparentar. Y si lo miramos desde otra perspectiva, de una boca a la que alimentar al menos nos vamos a librar —apuntó sin descaro, exacerbando aún más los ánimos de su esposa.

No pasaron más de cuatro cuartos de que llegase don Andrés que varios soldados llamaron a las puertas y, sin más contemplaciones, a empujones los desahuciaron. Y fue Zacarías, el mayor de los hermanos varones, quien juró no olvidar jamás la afrenta y, cuando el tiempo le dotase de saludable fortaleza, a su hermana rescataría de su encierro...

...Así fue como la ira le reconcomió al haber reconocido a don Juan de Acevedo, señor de Hortaleza.

Mas sigamos contando lo que la vida guardara a los desahuciados, que, para lo sucedido después de la batalla, ya buscaremos otros momentos más adecuados...

...Caminaron sin rumbo despojados de pertenencias y, lo que más les lastimaba, de dignidad. Con las manos llenas de hambre se internaron por sendas dispares intentando escapar de las iras del tirano, quien dispuso de una mesnada esperando darles caza para encarcelar a don Andrés antes de que se acercase al rey.

Como almas descarriadas se enfrentaron día a día con la muerte en cada recodo de los peligrosos caminos que recorrieron, a la que vieron de cerca cada vez que se enfrentaron a los muchos malandrines con los que se cruzaron. Siendo Zacarías quien en algún momento diese cuenta de alguno de ellos cuando tomó prestada la espada de su padre. Y así, con mucha pena y aún más hambre, fueron recorriendo lugares para ellos desconocidos hasta que doña Inés, que así se llamaba la esposa y madre, se desplomó agotada a consecuencia de la tormenta que se desataba sobre sus cabezas. No quiso continuar huyendo pues la misma huida les estaba matando. Y fue entonces, cuando sus lágrimas revelaron sufrimiento, que el que de su pecho se amamantaba, de nombre Pelayo, acarició su rostro y sus tormentos se disiparon. Andrés, el mediano, con cuatro ya cumplidos no sin envidia reclamaba atención pues eran crueles arañazos los que a su estómago instigaban. El que ansioso de pezón manifestaba de cómo la carencia de alimento estaba devorándole las entrañas. Zacarías, hijo como era de luna placentera, pues en su fecundación pusieran sus padres todo su empeño una noche que estaba llena, apretaba su estómago al considerar no ser de buen nacido deslechar de teta a la que al mundo le trajera.

Con punzadas estomacales se acomodaron en espera de otro amanecer que les devolviera la esperanza, cuando el trino de unos pájaros despertó a Zacarías.

Quien, apremiado, jugaba en mojar la putrefacta tierra sin darse cuenta de que, antes de su nacimiento, ya estaba enferma pues era sangre y no orines la que discurriera desde hace años por sus torrenteras.

—¿Dónde está *Zac*? —preguntó su madre cuando al despertar no encontró al que, con lo que sostenía en la mano, jugaba sin importarle.

—¡Aquí estoy, madre! ¡No hice ruido por no despertarla! —asintió el necesitado jovenzuelo.

—¡Ponte a buscar alguna rama más seca, pues al no haber salido el sol, no se puede hacer fuego con el lente de crisol! —le ordenaba en el mismo instante que, sofocado, llegó don Andrés sacando del fardo que cargaba rebanada de pan, miel, leche y queso de tierna elaboración. ¿Qué de dónde lo sacó? Solo Dios conoce esa cuestión.

—¡Ya voy, madre! —contestó Zacarías, quien, al ver tanto manjar, recompuso ánimo y semblante.

Mientras la noche se alejaba, las hojas que el aire mecía caían suavemente impregnando de múltiples ocres los suelos del sotobosque, ya que eran invernales los aires que soplaban frescos y, radiante, el amanecer se les mostró desafiante.

—¡Pongámonos en marcha, pequeños caminantes! El sol va despejando los caminos de sombras amenazantes y nuestro destino nos espera —comentó don Andrés, alegre—. Que nada nos quede y nada se nos pierda, pues, con lo poco que tenemos, de sobra se observa cómo de cambiante es la vida si se cae en desdicha de quien no tiene ley y se comporta como un miserable —dijo antes de descubrirles la verdad.

Fue al salir de la arboleda que un prometedor valle se mostró ante sus ojos y, amparados por los impenetrables montes al sur de Las Villuercas, las necesidades más primarias las fueron solventando una vez se instalaron en una cabaña abandonada y resolvieran la manera de avituallarse.

Los años pasaron y los hombros de Zacarías se hicieron mayores. De gran corpulencia como su padre, fue entrenado en la lucha y su destreza con la espada superó todas las expectativas. A nada temían y se sentían a gusto con su nueva forma de vida pues, a pesar de que la época no era propicia, comida para tanta gazuza nunca faltó, ya que, a base de robados en huertas ajenas, caldos y potajes elaborados con dádivas del paraje, mas algún que otro extraviado rumiante, que la madre el hambre les menguase.

Los generosos lugares de Reseña les bendijeron liberándoles de sus padecimientos mientras les obligaba a permanecer fuertes ante cualquier exigencia que se les presentase. Mas, con intención de no delatarse, se mantuvieron ocul-

tos de cualquier intruso que osase penetrar en la espesa arboleda, hasta que un día...

No enterado el rey de la paupérrima condición de don Andrés, ordenó fuese llevado ante su presencia a presentar armas o de lo contrario sería encarcelado. Tiempo hacía que había reclamado a los *homehidalgos* y no se había presentado.

Así fue que ante el barón envió un mensajero requiriendo cumplimiento del juramento de hidalguía, y cómo, por ese capitán de Hortaleza que conocía el paradero de la familia, aunque nunca los delató, fuera puesta la evidencia y se ordenó indulgencia para que su honor fuera restablecido de inmediato, pues el rey necesitaba de hombres aguerridos que defendieran su posición. Mas quisiera Dios o una cruel pestilencia que el requerimiento llegara tarde. Don Andrés había sido no hace mucho tiempo enterrado cuando la peste visitó Reseña, y de ello muriera junto a su hijo tocayo.

Aunque, por Zacarías el requerimiento del monarca fue tomado como dicha, sin embargo, afligida, doña Inés gritó su condena quedando sin más consuelo que sus propios sentimientos ante la invitación que se le hizo de ocupar el puesto de su padre. Sin un hombre en la casa, su futuro se comprometía.

—No se abandone al desconsuelo, madre. Aunque apartarme de su lado me causa dolor, el ser heredero de hidalgo me llena de orgullo. Mas, no le preocupe la supervivencia y aguante como pueda hasta mi regreso. Ese día juro que le colmaré con toda clase de mercedes que les arranque a esos perros morunos—expresó aquella mañana un Alvarado, de nombre Zacarías, cuando, preparado para partir hacia una de tantas guerras que se gestaban por intereses, se rindiera a las lágrimas de su madre...

...Antes de continuar presentando la vida de Zacarías que diera origen a esta leyenda, permítanme que busquemos entre nuestra memoria dónde, cómo y por qué Isaura creció entre maltrato y agravio, pues si no era por imposición de la baronesa, lo fuera por flagelo eclesiástico y por ello del alma enfermó y su juventud se quebrase. Ultraje, por el que un confesor fuese altamente gratificado.

Magno fue el castro que la dama le regaló. Residencia en la que se sucedieron hechos reprobables y que, aunque en boca de la plebe pulularon, por la plebe se callaron. De la misma manera, fueron muchas las proclamas que se redactaron y que, a su interés, con perversidad se promulgaron. Dictámenes por los que en su cama acogiera, entre dulces bordados, a todas aquellas que de su belleza se quedaba prendado. Insidias que se obraron con mala fe y se pasaron por alto con tal de mantener libre de infieles el floreciente mayorazgo. «Libre-

me Señor de los impuros, si mi merced lo hace con los desalmados», rezaba en su lecho cada vez que, sollozando, jóvenes vírgenes sus miedos reflejaban ante el temor de ser gozadas presintiendo que su alma la estaban condenado.

Liviandades nunca aclaradas y que, a sus padres, el embaucador había engañado con ser las elegidas para servir al Dios venerado. «¡Venid, mis jóvenes aprendices, que de candidas flores he de libraros!». «Miedo no tengáis, puesto que el alma reconfortada tendréis por cumplir con aquello para lo que al nacer se ratificó, pues el que os diera la vida, así me lo acreditó».

El infame sátropa, ante la viciosa lujuria sucumbía mientras se otorgaba ser buen amante cuando de sus virtudes se beneficiaba. «Enemigo no temo pues poder he acumulado ya que a baronesa he servido y, quiéranlo o no los santos próceres de la Santa Institución, que mi sacrificio conlleva gratificación», pensaba cual necio especula en su alacena guardar lo sobrado, ya que, obtuso de miras, entiende que pasará hambre hoy, pero mañana quedará colmado.

Así pudiera reseñarse la historia de tan mezquino apostolado, quien por su honor juró amor por lo creado y que a su señor engañara, cuando la honra de Isaura mancilló porque le vino en gana...

...—Hasta aquí vale ya de derrochar calificativos para definir a este sujeto del que más adelante ya hablaremos. No quisiera que en este relato tan pronto se delate. Aunque... sería aconsejado reflejar sobre cómo el muy ladino forzase a Isaura la noche antes que el barón quisiera desflorarla originándole tal quebranto, que, enojado, la recluyera en un claustro perdido entre las montañas.

—Perdóneme, querido tío, pero no puedo dejar de lado a su querida hermana Isaura, y lo que ese malnacido le hizo sufrir.

—Entiendo, pero volvamos a la realidad que nos atañe desde que comenzamos la narración, y sigamos trascurriendo por nuestra exposición de la posbatalla, que, para los tiempos pasados, ya veremos lo que nos dispone el presente.

—¡Muy bien! Retomémosla entonces...

...Dos días después, los lamentos de los heridos ya se les revelan penosos y sin el aliento suficiente como para acallar sus quejas ante las órdenes que les llegan de hombres-nobles cercanos al rey. Quienes, descerebrados, han tomado la decisión de esconder a los malheridos. No desean que les recuerden que son humanos y por ello han de ser abrasados una vez son ejecutados.

Mientras las tenebrosas hogueras cargadas con sueños al cielo parten, pues repletas están de almas en calma, lavándose están las manos con el agua del riachuelo que ha dado nombre a la batalla, cuando les llegan noticias pertur-

badoras. Entre las tropas se expanden rumores de que no todos lucharon por los mismos valores. Caballeros que fueron tomados como tal, cuando así se les distinguió, como viles verdugos se han comportado al entrar en las tiendas del sultán de Fez, y, sin importarles la edad ni condición de los que sacrificaban, pues su intención era la de apañar riquezas, a la familia del vencido sultán asesinaron. Y lo hicieron en nombre del rey y del Santo Padre, fiel representante del Creador que todo lo puede.

Pensamientos dispares los aturden, ya que, si no se honra por honrar, el honor quedó deshonrado con esta clase de gestos al poner en duda si todos guerrearon con el mismo propósito. Y, pensando en ello, continúan con la labor de limpiarse de sangres ajenas.

«Rojo es el color que tiñe las aguas del Salado, las que, a pesar de bajar limpias y puras, con las almas de los muertos se están envenenando».

Aparte de vergüenzas, pues si peca de algo seguro que no es de impiedad, que, incómodo por lo que se murmura, que debajo de una encina se recuesta junto con Lisardo esperando su ración de rancho. Merecido regalo con el que se recompensa a los combatientes por la victoria alcanzada.

—¡Vosotros, abandonad vuestro cometido y presentaos en la tienda del barón de Reseña! ¡Raudos! No perdáis tregua porque os estaré vigilando —les grita de repente un mandado.

—Decidnos, si no es descortés por nuestra parte, ¿cuál es la tienda? Pues no observo ningún estandarte que delate, entre los tantos que observo, que fuera la del reclamante —apunta Lisardo un tanto burlón y arrogante.

—Seguid el paso de mi fiel rocinante, pues de lerdos es desconocer que el señorío de Reseña un dorado y fiero león tiene como referencia sobre un azul cobalto. ¿O es que no mirasteis en vuestro propio pecho, soldados?

Una vez aseados, se encaminan al encuentro con el señor de Reseña.

Las voces de los que en el interior de la tienda cantan alborozados les retraen en un principio de entrar y se sitúan ante la entrada. No comprenden el porqué de tanta algarabía y algo les dice que, entre los que vocean, se encuentra don Juan de Acevedo. Zacarías siente que su corazón se acelera y es cuando, el que fue a buscarlos, les apremia a entrar. Momento en el que los cánticos cesan concediéndoles unos segundos de atención y, una vez pronuncia sus nombres, alguien se levanta...

—Pasen señores, y recompónganse antes de llevarlos ante su majestad —les muestra una mesa repleta de manjares—. Tiene intención de reconocerles

personalmente su valentía —dice acercándose mientras el resto asiente con respeto. Asumen que pudiera ser un noble de alto rango militar.

—¡No! ¡No! No es necesario que los demás se postren —observa quien entra en la tienda tras ellos, el que, por su magnificencia, pudiera ser un rey—. Solamente sus mercedes se han de arrodillar —desconcertados, se postran—. Quien ha demostrado tanto valor en la batalla bien merece ser recompensado. Ende por ello, me satisface nombraros caballeros de la Orden de la Banda, y a la baronía de Reseña, aunque de la de Santiago sea, serviréis a partir de este momento. Sois digno descendiente de un hidalgo montañés, Zacarías. Sentí dolor una vez me comunicaron la muerte de don Andrés.

—Se lo agradezco, mi señor! —dice turbado sin levantar la vista.

Y así, con la espada de quien les recibiera, les concede tal honor el rey, el que, impaciente, se ha acercado hasta la tienda del señor de Reseña retirándose con rapidez a sus aposentos, pues la batalla, aparte de agotado, lo ha dejado maltrecho.

Al retirarse el monarca, se levantan todos aquellos que se habían reclinado, pues el que pretensión tuviera de seguir conservando fuero y posesiones, mejor guardar respeto por el que acababa de salir cojeando.

Miradas cautelosas entre unos y otros se suceden, ya que el gran maestre de la Orden de Santiago, don Alonso Meléndez de Guzmán, se encarga tanto de llevarlo a efecto como de constatarlo.

—Sentaos a nuestra vera y hacednos compañía, pues no hay entre los presentes quien en valentía os supere y, de no ser por mi buen amigo Beltrán, esto sería incómodo de pronunciar —asiente con voz suave el maestre y el que a su lado se encuentra deja entrever una maliciosa sonrisa.

—Perdonadme la indiscreción, mi señor. No quisiera pecar de curioso, pero... ¿no observo entre nos al de Hortaleza? —advierte Lisardo, extrañado.

—Partió ayer hacia sus dominios con parte de sus tropas. Hasta nuestros oídos han llegado nuevas de que unos indeseables se han levantado y, por lo que sabemos, están cometiendo estragos en sus tierras —pone en antecedentes el recio barón de Reseña, de nombre Beltrán, y de apellidos López de Vergara, que en la misma mesa se había sentado a interesarse por sus nuevos caballeros.

Caballeros, sobre los que, sin olvidar a los que en los campos se quedaron, bien pudiera ser que no sean los que anteriormente se nombraron.

Los días pasaron y al lugar de Reseña las tropas de don Beltrán regresaron y, mientras le asignaban tierras y morada, Lisardo en el castillo se aposentó mientras Zacarías, con órdenes explícitas, se quedó esperando a que los heridos se acabaran de acomodar en los carromatos.

Mas, hay un dato que es conveniente poner en materia y tratar con sumo cuidado, pues, mientras esto ocurría, el papa Benedicto XII promulgó la bula *Exultamos in te* en la que le concedía a la batalla rango de cruzada. Bula que pudiera haberse tomado como cualquier otra si no hubiese reclamado al tiempo una décima parte del botín conquistado. Fiestas, laudos y dones fueron otorgados por doquier y, en todos los rincones de la cristiandad, proclamas y procesiones en su nombre aún hoy se están celebrando. Y aquellos que por solicitar ayuda celestial rezaron, pues asumieron ser justos beneficiarios, reclamaron de la caridad divina y por ello son gratamente recompensados.

De espléndidas se pueden considerar las dádivas y tesoros, así como esclavos, y hasta un corcel de rey, el llamado Valencia, los que a la Iglesia de la cristiandad son regalados, que, como respuesta a tanta generosidad, se incita a continuar la hostilidad contra el infiel por expandir el santo nombre del Cristo Redentor entre los territorios de los que en la batalla fueron derrotados. Acabar con su reino, hasta defenestrarlos...

...—*¡Cuida esos comentarios!*

—*Si le molesta y lo requiere, lo suprimo. Pero creo haberle oído alguna vez de cuánto le incomodó este tipo de actuaciones de los que gobernaban la Iglesia desde Avignon por entonces. ¿Qué? ¿Algo que sugerir?*

—*Preocúpate de no poner al leyente en la encrucijada de creer que lo escrito es consecuencia de la misma obra, o causa de nuestro propio criterio.*

—*Quizá mi error sea pretender implicarme demasiado. Seguiré sus dictados, aunque obraré como corresponde.*

—*¡Asalab, primero hay que dar veracidad a los hechos, sé cauta! Ve concretando los comienzos de Lisardo en Reseña, y más adelante demos paso a lo sucedido con Zacarías. Sobre las demás polémicas y acontecimientos, daremos fe más adelante.*

—*Como siempre, tan acertado en sus razonamientos. Plasmaré previamente lo sucedido con Lisardo...*

... Quien, en busca de acomodo en las dependencias de su señor se ha adelantado a la que encargada está de guiarle y, abrumado, queda fascinado ante los muebles, enseres y alfombras que cuelgan de las paredes. Tanta fastuosidad le incita a creer que este mundo no es real, y que solo se refleja en su mente por efecto de los vinos dulzones que ha ingerido durante la comida.

Instante de contemplación, interrumpido por unas damas con las que se topa en un quiebro del pasillo. Doncellas de caras sonrosadas que al verle parecen turbarse revelando un halo de invitación para que un cautivado Lisardo

entre ellas reconozca a la dama de sus sueños y ante Rosaura, hija de don Beltrán, se quede paralizado.

—¡Acaba de aparecer ante estos mis ojos un ángel con cuerpo de mujer! — observa en el instante de quedar por toda la eternidad subyugado. Sentimiento recíproco cuando Rosaura deja asomar una pícara sonrisa—. Dígame, bella dama, si complace que os acompañe allí donde se dirigiese, pues encantado estaría de poder disfrutar de tan hermoso visado —dice muy risueño el caballero conquistado.

—Observo que su merced no se corta en utilizar roncerías en la manera de presentarse, señor Lisardo. Mas, aunque de sus palabras se pudiera concluir que acostumbrado esté a ello, no seré yo quien disponga cerrojo a que no pueda acompañarme algún día si, con guardia, nuestros encuentros fueran vigilados —le incita Rosaura, obrando a que las demás doncellas se turben y un sinfín de sonrisas se confabulen.

Tiempo se dan para darse la vuelta y, por los entresijos del castillo, se pierden dejando tras de sí una estela de canción, que se lleva escribiendo desde el principio de los tiempos.

—Espero, amigo Zacarías —dice recordándole—, que no oses contradecirme afirmando que exista dama más bella. Te haría comer tus palabras.

Lisardo estuvo visitando a Rosaura durante unos días, bajo la fiscalizadora mirada de su madre, doña Jimena. Quien, impasible, se sentaba a un costado de la larga butaca en la que se citaban a diario, no apartando la vista de los dos amantes evitando que sus apasionadas manos pudieran encontrarse. Tan solo, cuando advertían su distracción, con los codos se rozaban e incluso si se dormía, engarzaban sus corazones a través de los meñiques.

Ajeno a las situaciones pasionales en las que se sumían los amantes, Zacarías aguardaba impaciente para regresar con el resto de las tropas. Existía una promesa que necesitaba cumplir cuanto antes: ir en busca de su madre y hermano pequeño, Pelayo. La incertidumbre se había adueñado de su día a día y como no pretendía continuar en ese desasosiego que, una vez lo solicitaba, fue anteayer cuando ensillaba su caballo y partió rumbo a Las Villuercas.